

DEPORTE Y EXCLUSIÓN SOCIAL EXTREMA. El caso de las personas sin hogar*

SPORTS AND EXTREME SOCIAL EXCLUSION. Homeless people case

Felipe García Leiva fgarcia@rais-tc.org
Fundación RAIS

Mario Jordi Sánchez amjordi@upo.es
Universidad Pablo de Olavide

RESUMEN

Aunque el estudio de las potencialidades del deporte en la lucha contra la exclusión social ha sido un tema de análisis durante mucho tiempo, poco se ha aplicado al caso de la exclusión social extrema. El objetivo de este artículo es presentar algunas de dichas potencialidades adaptadas al caso de las personas sin hogar. Para ello, comenzamos presentando y discutiendo algunas aportaciones teóricas, destacando la necesaria atención en la transformación de valores hábitos e identidades. Posteriormente, realizamos algunas apreciaciones acerca de la aplicación de este esquema teórico al ámbito del sinhogarismo, donde se hace necesaria la diferenciación entre intervenciones sociales duras y blandas. Finalmente, el análisis etnográfico del proyecto de Fútbol-calle de la Fundación RAIS nos sirve para analizar algunas de las potencialidades transformadoras del deporte como herramienta para la intervención social con personas sin hogar. Entre otras, mencionamos para este caso los beneficios implícitos de la vertiente lúdica de esta intervención social, la apertura de nuevos espacios comunicativos, la relajación de los roles entre interventores e intervenidos y la reversión de los estigmas sociales asociados.

PALABRAS CLAVE: Exclusión social, deporte, fútbol, personas sin hogar, intervención social.

ABSTRACT

Although the study of the potentialities of sports in the struggle against social exclusion has long been a topic of analysis, little has been applied within the scope of the extreme social exclusion. The aim of this paper is to present some of such potentialities, adapted to the case of the homeless. To do this, we begin by presenting and discussing some theoretical contributions, highlighting the necessary attention to the transformation of values, habits and identities. Subsequently, we make some assessments of the application of this theoretical framework to the scope of homelessness, an area where it is necessary to differentiate between soft and hard social interventions. Finally, the ethnographic analysis of the project "Street Football", of the RAIS Foundation, serves us to analyze some of the transformative potential of sports as a tool of social intervention with the homeless. In this case, we mention, among others, the potential benefits implicit in the playful side of this kind of social intervention, the opening up of new spaces of communication, the relaxation of the roles between interveners and intervened and the reversion of the social stigma associated with it.

KEY WORDS: Social exclusion, sport, football, homeless people, social intervention.

* Este artículo es también, y en gran parte fruto del trabajo, dedicación e ilusión del equipo de la Fundación RAIS en Sevilla (José Bartolomé, Virginia Silva, Marian Almansa, Noelia Vilchez e Ignacio Bartolomé) y de la gente de la calle que ha participado en este proyecto.

1. Introducción. Hacia una propuesta analítica para la intervención social en el deporte: la terna hábitos-valores-identidades

El modo en que estamos viviendo la efervescencia democrática aplicada a la práctica deportiva es, en buena parte, un espejismo. Aunque el deporte ya no es en la actualidad un asunto exclusivo de élites adineradas, como sí lo fue en sus inicios, no puede obviarse la presencia de clases en los usos y prácticas deportivas (Brohm, 1993). La segmentación de deportes, espacios y usuarios, según las posibilidades socioeconómicas, se practica dentro de un marco en el que prima el desarrollo del deporte como negocio en continua expansión. Por ello, más que la rígida estratificación social, es ya aplicable a nuestros tiempos el importante secuestro que la lógica mercantil opera sobre las prácticas deportivas, concretada, entre otros aspectos, en el progresivo reemplazo del llamado deporte-popular por el deporte de élites o deporte-espectáculo (Moscoso, 2012). La mercantilización se incluye dentro de un conjunto de procesos que afectan al deporte en la postmodernidad (Mosquera *et al.*, 2003; García, 2006; Olivera y Olivera, 1995). Podemos destacar aquí, entre otros: la diversificación y mezcla de prácticas deportivas, la progresiva mecanización y robotización de la lógica deportiva, la globalización de actividades y aficiones, una significativa expansión mediática y una extendida preocupación por la imagen corporal, que también es vendida como producto y, como tal, resulta propagada por doquier.

¿Qué oportunidades le quedan en este ámbito al uso de las prácticas deportivas, para la promoción y emancipación de las personas en contextos tan críticos como el de la exclusión social extrema? Precisamente, una de las características que presenta el deporte es su ductilidad, dada su potencial adaptación a situaciones y a contextos diferentes (Olivera y Olivera, 1995), de manera que funciones e implicaciones sociales, económicas y simbólicas, que presenta en su —por así decirlo— manifestaciones hegemónicas, pueden trocarse por su adaptación a entornos que *a priori* podrían resultar insospechados.

Una cada vez más progresiva inclusión de personas y colectivos habitualmente alejados de la práctica deportiva también está asociada a la imagen positivizada y amable del deporte en nuestra sociedad. Una imagen que es promesa, síntoma y compendio, de buenas conductas y valores. Así, junto a la extensión y popularización (segmentada) del deporte, se propone la utilización como receta frente a los males sociales. Las potencialidades socializadoras del deporte (Ferrando *et al.*, 1998) han sido aplicadas a múltiples lugares y escenarios de conflictividad social: desde las cárceles a las escuelas, pasando por los barrios marginales, las personas con problemas de drogodependencia, etc. Por una parte, junto al arte o a la cultura como recurso (Yúdice, 2002), el deporte redentor se impregna de unas potencialidades emancipadoras que se proponen como indudables. Por otra, como refiere Sánchez (2003: 66), este nuevo escenario plantea retos en el sistema tradicional y en los modelos de participación ciudadana, reflejándose ello también en un incremento y diversificación de las preocupaciones reflejadas desde las ciencias sociales.

Pero, ¿cuánto permanece de la lógica de la actividad deportiva en sus diversas concreciones? Decir esto implicaría hablar de una lógica concreta o, si se prefiere, de un *universal deportivo*, que incorporara valores, cogniciones, mentalidades, racionalidades, etc., elementos que se mantendrían al menos parcialmente en cualquiera de sus expresiones. Suele ser de reiterada alusión la deportividad como valor positivo en sí mismo, que lleva a albergar la posibilidad del *fair-play* como algo más allá de las normas (o jugar recordando que es un juego, parafraseando a Bourdieu, 1993: 63). Pero también es un lugar común el aludir a otros muchos valores que resultan

positivizados con la práctica deportiva: tenacidad, esfuerzo, coraje, espíritu gregario, constancia, iniciativa, disciplina, autosuperación, autorregulación... todos ellos, claro está, bajo la suposición de que en todo caso procuran resultados positivos para el individuo. Por el contrario, se obvian o eliminan, o se refieren sólo por sus resultados positivos otra serie de valores y lógicas: competitividad, agresividad, rentabilismo, oportunismo, astucia, hipocresía, dureza, estoicismo, frivolidad, materialismo, obcecación... Y, aún políticamente menos correctos: hombría, consumismo, robotización...

Podría aquí referirse el origen aristocrático de muchos de estos valores, como propone Bourdieu (*ibid.*: 64), que en un contexto de postmodernidad resultarían modificados o sustituidos. Pero, más que la continuidad histórica de tales valores, nos interesa su uso contextual, de manera que la aplicación en experiencias actuales de valores, cogniciones y lógicas deportivas, puede devenir en ejercicios y aplicaciones que abundan en la referida plasticidad de las prácticas deportivas, generando experiencias e ideas provechosas para el devenir de nuestras sociedades.

Por desbrozar este intrincado terreno, tal vez resulte aquí aclarador recordar una noción que, para el caso de la aplicación del deporte en la exclusión social, aporta importantes dosis de operatividad. Se trata del concepto de “cultura físico-deportiva”, al modo en que es planteado por Escalera (2003: 35), destacando ante todo su carácter holístico, de modo que incluiría

“todas aquellas acciones, desarrolladas de forma consciente y voluntaria, en las que la dimensión física tenga el principal protagonismo, sea directa o indirectamente (...) y que impliquen cierta regularidad, independientemente del contexto en el que se realicen (...) y de que su finalidad sea competitiva, recreativa o de salud”.

Especialmente interesante se plantea la posibilidad de incluir en este concepto tanto la acción como la omisión (o la pasividad). De este modo, algo tan esencial para conocer los hábitos, comportamientos y actitudes deportivas, como los hábitos sedentarios, también formarían parte de este concepto.

En el ámbito que nos ocupa, la intervención social con base en el deporte iría pues dirigida a lograr un cambio en las culturas físico-deportivas de los sujetos involucrados como “receptores” de la intervención. Un cambio que, siguiendo una de las definiciones de intervención social más comúnmente aceptadas en nuestro entorno, implicaría también la existencia de criterios predefinidos y de finalidades o direcciones predeterminadas¹. Quedaría, por tanto, acotar qué aspectos o dimensiones resaltar a la hora de aplicar a la realidad el enfoque holístico con base en el deporte. En un esfuerzo de síntesis, podríamos destacar tres frentes fundamentales en los cuales se desenvolverían tales intervenciones sociales:

- La modificación o reforzamiento de comportamientos estandarizados (hábitos).
- La intervención en la esfera identificatoria (identidades).
- El trabajo en posicionamientos ideáticos ante la realidad (valores).

1 Recordamos aquí la definición que Sanchez Vidal (1999: 74) realiza sobre intervención social: “interferencia intencionada para cambiar una situación social que, desde algún tipo de criterio (necesidad, peligro, riesgo de conflicto o daño inminente, incompatibilidad con valores y normas tenidos por básicos...) se juzga insoportable, por lo que precisa cambio o corrección en una dirección determinada”. Para un estudio exhaustivo de las implicaciones de este concepto véase: Ruiz (2005)

Un intento de visualización de las posibilidades y límites de la intervención observada desde estos tres elementos llevaría a una densa problemática. En cuanto a los primeros: ¿hábitos homogeneizadores, impuestos o liberadores, propuestos?, ¿dónde quedan las posibilidades de enunciación del intervenido o “beneficiario” sobre los comportamientos o hábitos a modificar? La asociación entre deporte y disciplina no puede sino hacernos pensar sobre este punto, dadas las implicaciones netamente impositivas que podrían derivarse. Por su parte, la intervención en la esfera identitaria conllevará indudables ventajas en el ámbito de la transformación del *yo* y del *nosotros*, la lucha contra prejuicios y estigmas. Pero se trata este de un camino bastante lleno de recovecos. Cabe pensar, por ejemplo, en el hecho de que el sentimiento de rebeldía hacia la propia situación que se quiere transformar pueda llevar al usuario o “beneficiario” de la intervención a buenas dosis de menosprecio hacia uno mismo y, por ende, hacia los otros iguales. Dicho de otro modo, para salir de una situación no deseable, ¿en qué medida se necesita considerar indeseable a uno mismo y a los demás que se encuentran en tal situación? Y, finalmente, la intervención en valores. Toda intervención social lleva aparejada una lógica, una cosmovisión, una relación explícita o implícita sobre lo urgente y lo deseable: una expresión de lo que se considera intolerable (la pobreza, la enfermedad, el aislamiento...), recordando la anterior definición de intervención social: aquello que hay que cambiar de uno u otro modo. En la medida en que la intervención adquiere un corte más verticalista, esa expresión de lo intolerable no es más que un relato más o menos resumido de los valores de nuestra sociedad y nuestro tiempo. Y, como hemos visto, el deporte se impregna de todos ellos, una amalgama de elementos no siempre controlables: conlleva competitividad, juicios, colaboración, entrega, individualismo y un largo etcétera....

Finalmente, y no menos importante, las experiencias de intervenciones sociales aplicadas al deporte apuntan a un marco en el que interactúan un conjunto de actores y de agentes con papeles e intereses dispares y también confluyentes. La valoración del rumbo de dichas experiencias no puede contemplarse sin sopesar quién o quiénes salen más beneficiados de un proyecto, acción o programa, en virtud de su posición de clase, etnia, género, adscripción religiosa, etc. O bien desde su posición como *agente* o *paciente* de la intervención. Contemplar la esfera del poder o, si se prefiere, de la participación en este ámbito nos lleva a que interventores e intervenidos no puedan ni deban ser los únicos agentes a tener en cuenta: técnicos, administraciones, intermediarios, “beneficiarios” directos o indirectos, la propia sociedad, en sus diferentes escalas... Todos ellos elaboran sus discursos y prácticas de diferente modo, de manera que, podamos estar hablando tanto de un proyecto del que es posible establecer beneficios palpables para la población que es objeto de ella, como de un proyecto dirigido a fortalecer la posición institucional, técnica o partidista, algo sobre lo que pueden encontrarse continuamente numerosos ejemplos.

2. Personas sin hogar y deporte: la necesaria integración de intervenciones *duras* y *blandas*. El caso del proyecto Fútbol-Calle de la Fundación RAIS

¿Cuánto de todo esto resultaría aplicable al caso de la exclusión social severa que afecta las personas sin hogar? En un estudio ya clásico sobre este fenómeno (Muñoz *et al.*, 2003: 338), se refiere el hallazgo por los autores, en contradicción con etiquetas habitualmente atribuidas, de que una cuarta parte de los sujetos analizados en la investigación realizan algún tipo de práctica deportiva, si bien la mayor parte lo hacen

ocasionalmente (los autores refieren movimientos gimnásticos, excursiones de fin de semana y, en mucha menor medida, deportes de equipo) (*ibid.*: 272). Si existe la necesidad sentida y constatada, cabría aquí preguntarse por qué las intervenciones sociales con base en el deporte no tienen una mayor presencia en este campo.

En nuestro caso, a partir de la diferenciación entre la atención psicosocial imperante (*hard intervention*) y una intervención suave o blanda (*soft intervention*), queremos reflexionar sobre la pertinencia y adecuación de una y otra, sus antagonismos o compatibilidades. Pero, antes de entrar en materia, se hace necesario exponer algunas pinceladas que nos ayuden a conocer, aunque sea *grosso modo*, qué es lo que hemos llamado “la gente de la calle”. Después realizaremos una somera presentación de una Entidad que ha apostado de manera decidida por compatibilizar la intervención dura con la atención suave o indirecta. Entonces, a partir de una experiencia concreta, iremos poniendo sobre el tapete las cuestiones que se han anticipado.

¿Quiénes son la gente de la calle? Quien espere solventar esta cuestión con la, más menos que más, cómoda lectura de las siguientes líneas, quedará profundamente defraudado/a. Algo de lo que nos congratulamos, pues consideramos que la realidad del sinhogarismo es demasiado compleja, multidimensional, heterogénea y cambiante para ser aprendida en unos cuantos párrafos². Si se presta una inquietud decidida y se cuenta con tiempo para ello, no hemos más que darnos un paseo por la ciudad o visitar algunos de los recursos específicos de atención a las personas sin hogar. Quizás no sea suficiente con un día, ni dos, ni tres... dependiendo de hasta dónde se quiera llegar, así será el tiempo que deberá invertir. Mientras tanto, daremos algunas pistas sobre ello.

Hasta hace bien poco —entre 10 y 20 años— prácticamente se consideraba que las personas sin hogar obedecían al siguiente estereotipo: se trataría de varones, de mediana edad (en torno a los 40 años), sin recursos económicos ni trabajo, con problemas de alcohol u otras adicciones, con trastornos de salud mental, con una muy mala higiene y desaliñados (indigentes), que viven entre cartones y a la intemperie (sin techo), con comportamientos poco decorosos y conflictivos, que piden en las puertas de las iglesias o en las terrazas de los bares (mendigos), que se mueven de un lugar a otro continuamente (vagabundos), además de toda una serie de etiquetas como vagos, maleantes, ociosos, locos, gente de mal vivir, etc.³

En la última década, además de que se les comienza a conocer con el higiénico y más certero epíteto de “personas sin hogar”, se empieza a apuntar que el “perfil tradicional” estaba lleno de prejuicios e incorrecciones, pero, sobre todo, que la gente de la calle había empezado a ser otra y más diversa. Se habla de la “feminización de la pobreza”, la “juvenización de la pobreza”, la “inmigración sin techo” y la “democratización del sinhogarismo”. La exclusión social extrema deja de ser cosa exclusiva de hombres de mediana edad. Empieza a haber personas inmigrantes provenientes del Tercer Mundo y ya no sólo caen en el sinhogarismo aquellos que de alguna manera (por sus vicios, por su locura, por su vagancia, por su inadaptación, por su falta de formación, por provenir de ambientes marginales, por drogarse, por no haber sabido superar sus conflictos o frustraciones sentimentales, etc.) estaban predestinados o

2 La bibliografía sobre el tema pasa ineludiblemente por los estudios de Rossi (1989) o de Glasser y Bridgman (1999) y, para el caso español, son de referencia obligada, junto al ya referido trabajo de Muñoz *et al.* (2003), los de Cabrera (1998, 2002).

3 Incluidos por el propio K. Marx en *El Dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte* dentro de “esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la bohème (...) esta hez, desecho y escoria de todas las clases” (*Obras escogidas*, tomo I, p. 453).

en riesgo de ingresar las filas de la gente de la calle. Ahora llega a esta situación “gente de bien”: trabajadores, personas con estudios superiores, que no tienen ninguna drogodependencia ni enfermedad mental, personas que no van de un sitio a otro sin rumbo, gente en definitiva que no ha tenido suerte en la vida o han sido víctimas de unas condiciones adversas ajenas a su responsabilidad.

Más recientemente se empieza a hablar, incluso, de los “novísimos sinhogarismos” fruto de la crisis. Crisis que ha llevado a la calle y ha puesto en situación de verdadero riesgo de terminar en ella a personas que hasta el momento se encontraban lejos y a salvo de este mundo⁴: familias con menores, trabajadores que se han quedado en paro y ya no perciben ninguna ayuda o han sido víctimas de las entidades financieras y las deudas, inmigrantes “con papeles” y “sin papeles” que hasta el momento estaban trabajando legalmente o en la economía sumergida, jóvenes sin trabajo, etc. Pero, entre estos *novísimos sin hogar* no sólo están aquellas personas que han visto consumada su caída al *infierno*, sino todo un espectro social que vive en una precariedad cada vez más aguda, en las antecámaras de la vida en la calle⁵.

Dicho esto, ante la grave catadura del desgarramiento vital y precariedad que padecen las personas que viven en la calle, puede resultar incluso frívolo plantearse y apoyar una iniciativa de atención psicosocial y sanitaria que pase por su participación en actividades lúdico-deportivas. Fútbol para personas sin hogar. La poca financiación debe estar dedicada a lo esencial —los recursos para los pobres siempre han sido pobres recursos, nos recuerda Cabrera (1998, 2000)—; las energías de los profesionales y voluntarios que se dirija a los problemas de verdad. La gente de la calle necesita que nos preocupemos por las cuestiones —valga la redundancia— realmente importantes: que cuenten con un cobijo y alojamiento mínimamente digno donde dormir, descansar y refugiarse; que tengan una alimentación suficiente y adecuada; que mejoren una salud extremadamente precaria; que mitiguen su gran soledad e incompreensión; que tengan recursos económicos; que superen sus drogodependencias; que puedan sentirse seguros y alejados de una continua exposición a la violencia; que reconstruyan sus tejidos sociofamiliares, etc.

¿Para qué nos vamos a entretener en cuestiones secundarias, innecesarias, poco serias? Pero, ¿realmente es éste un planteamiento sostenible? ¿Por qué se concibe como incompatible que la gente de la calle pueda ver satisfechas sus necesidades más básicas, con el hecho de poder contar con la posibilidad de realizar actividades lúdicas, deportivas, creativas o atractivas? ¿Por qué la atención a las personas sin hogar se limita casi exclusivamente a “ofrecer” una intervención dura, agreste? ¿Pueden articularse procesos de ayuda a partir de actividades que les resulten a las

4 La última cuantificación de personas sin hogar realizada desde el INE (2010) refleja los albores de la actual crisis económica. Este censo, basado en el conteo de las personas alojadas en centros específicos para personas sin hogar (lo cual deja fuera un número bastante significativo), cuantificó en un total de 13.701 personas en esta situación, frente a las 11.804 personas contabilizadas dos años antes (2008).

5 A ello habría que añadir el hecho constatable de que, dadas las políticas y normativas higiénicas, de lustre turístico y represivo, una parte de las personas sin hogar más señaladas y con unos comportamientos menos aceptables por la gente bien pensante, se están convirtiendo —si no lo fueron siempre— en personas sin ciudad. El ejemplo que se está produciendo en países europeos como Hungría, donde a las personas sin hogar se les prohíbe estar en los espacios públicos urbanos bajo la amenaza de una multa que puede acceder a 500 € o una pena de cárcel, es la expresión extrema de un proceso que con unos tintes más civilizados está teniendo lugar en buena parte de los países europeos y sus ciudades, así como en campamentos que se instalan en las afueras o extrarradios de las grandes ciudades.

personas de la calle atractivas y que les apetezcan, alternativas a una intervención que en numerosas ocasiones genera un nudo en la garganta? ¿Son viables los programas de atención que a nadie les agrada, con pocos alicientes de motivación en el aquí y ahora? ¿No hacemos todos cosas no muy deseables, para poder tener la oportunidad de hacer otras que nos gusten? ¿No estaría mejor la gente de la calle recibiendo un curso de albañilería o camarera de piso, para insertarse —con mucha suerte y esfuerzo— en sectores laborales precarios? ¿No estarían mejor en un diván del psicoanalista que jugando al fútbol? ¿o aguantando el mono? ¿o simplemente no dar problemas y permanecer calladitos y bien escondidos? En definitiva, ¿es pertinente posibilitar actividades lúdicas a las personas sin hogar? ¿Pueden ser éstas otras formas de atenderlas?

La experiencia que sirve de base para estas reflexiones se centra en las acciones desarrolladas dentro del ámbito del *sinhogarismo* por la fundación RAIS (Fundación Red de Apoyo a la Integración Sociolaboral). Se trata de una entidad que lleva trabajando para las personas en situación de calle desde el año 1998. Los primeros pasos se dieron en Madrid a partir de una iniciativa de prensa social y la atención psicosocial en el propio contexto de calle. En el año 2002 se constituye como Fundación y en catorce años desarrolla otras iniciativas de atención y empieza a trabajar en otros lugares: Móstoles, Alcobendas, Murcia, Bilbao, Donosti, Valencia o Sevilla. Al mencionado Trabajo de Calle para personas en situación de sin hogar, se van uniendo otros proyectos como centros de día de baja exigencia (Rincones del Encuentro), alojamiento en casas o pisos supervisados, semisupervisados o autónomos, formación e investigación, gestión de rentas mínimas, atención a inmigrantes en situación de exclusión social, centros para personas sin hogar con problemas de alcoholismo y/o convalcientes, emergencias sociales, proyectos de voluntariado y sensibilización social y proyectos de movilización o activación social. Toda una serie de iniciativas que suponen un complemento y alternativa a los recursos ya existentes y que conllevan una clara motivación de adaptación de los programas de atención a la realidad de las personas que viven en la calle.

Esta adaptación de la atención a las personas sin hogar pretende romper una tendencia dominante de una mayúscula carencia de recursos y programas de atención específica a estas personas. Pero, sobre todo, intenta ser una alternativa a la atención que pasa por grandes centros donde se aglomera un *totum revolutum* de personas en una situación de exclusión extrema, a los dispositivos que seleccionan un universo de atención que excluye a una parte importante —generalmente las personas más deterioradas o con más problemas— de la gente de la calle, a la intervención que se parapeta pacientemente en los centros o las oficinas esperando que sean los potenciales usuarios/as quienes vayan a buscarlos, a las actividades que sin ningún tipo de componente lúdico, recreativo, creativo o aliciente, más allá de la intervención más dura, o a los programas que pretenden amoldar a la persona y no tanto entablar un diálogo de encaje mutuo. Por ello, podría decirse que la Fundación RAIS no atiende a problemas, sino a personas que atraviesan una situación muy complicada, pero desde sus capacidades y teniendo en cuenta sus propias circunstancias vitales y personales.

Centrándonos en las iniciativas que se han denominado de Movilización y Activación Social, según se concibe en la Fundación RAIS, tales acciones pasan por generar posibilidades para que las personas en situación de exclusión social extrema puedan realizar actividades de ocio y tiempo libre saludables. Es decir, actividades como visitas a lugares o actos de interés, excursiones, deportes, cine, música, fotografía, pintura, modelado, manualidades, expresión psicocorporal, en definitiva, cualquier

actividad que pueda ser entendida como lúdica o creativa para cualquier persona. En primer lugar, debido a que la gran mayoría de la gente de la calle no suele tener oportunidades de participar en este tipo de actividades, que permitan la realización personal, el disfrute, el esparcimiento o un contexto de relaciones, más allá de la propia exclusión social extrema; es decir, por el interés que la propia actividad tiene en sí misma. En segundo lugar, porque puede suponer un medio, unos espacios y tiempos, desde los que desarrollar una atención indirecta o suave, sin los imperativos de la intervención dura.

1. Como forma de participación social: dada la precariedad, las urgencias de dedicar la cotidianidad a tareas relacionadas con las necesidades básicas, el aislamiento social, el abandono psicocorporal y social, el abatimiento, el desengaño, la desesperanza, los hábitos poco saludables, etc., la gente de la calle encuentra verdaderas dificultades a la hora de poder participar en actividades lúdicas, recreativas y creativas. No sólo se propone un espacio de relaciones entre las propias personas sin hogar y los profesionales de la intervención, sino que se abren las puertas a la implicación de voluntario social, voluntario corporativo y al encuentro de la gente de la calle con el resto de los ciudadanos.
2. Como medio para una atención alternativa: como se ha apuntado anteriormente, la vida de la gente de la calle que se conecta con los recursos específicos que las atienden, suele estar jalonada de retos constantes para cambiar sus aptitudes y actitudes. De un constante mensaje y exigencia de superación personal: buen comportamiento, desarrollo de habilidades sociales y laborales, realización de talleres y cursos que completen su educación y formación laboral, la superación de traumas o situaciones estresantes, la mejora de la salud física y psíquica, el abandono o reducción de las drogodependencias, la consecución de documentación, la gestión burocrática, prestaciones o ayudas sociales, las citas con el/la psicólogo/a, el/la trabajador/a social, seguir las instrucciones de los educadores o monitores, el respetar escrupulosamente los horarios de los diferentes recursos, sus normas, resocializarse, negociar y superar la constante exposición a la violencia, los desengaños o la desesperanza, la incompreensión, etc.

Por separado, cada uno de estos aspectos puede suponer un esfuerzo titánico para cualquier persona. Teniendo presente que el sinhogarismo es un hecho multidimensional y que tiene su origen en muy dispares motivos, las personas sin hogar se enfrentan en su proceso de reducción de daños, cambio personal o camino hacia la autonomía personal e inclusión social, a una ardua tarea con infinidad de frentes y retos ante sí, cada cual más difícil. Es como si una persona, en un tiempo y con unos recursos y apoyos muy limitados, tuviera que tocar y trabajar todos los resortes de su ser; reconstruir después de una mala experiencia todo aquello que al común de los mortales les lleva años, contando con entornos solidarios. Este panorama puede llevar a la persona a una situación de bloqueo, de concebir como un imposible el reto, que por otra parte no depende en exclusividad de ella, pues existen factores de carácter estructural que la trascienden, ante los que los márgenes de maniobra del individuo son muy limitados (mercado de la vivienda, mercado laboral precario, re-estructuración y cambios sociofamiliares y comunitarios, etc.).

Enfrentarse a esta situación en sí misma, sin ningún elemento que pueda hacerla más grata o llevadera, sin aderezos, suele ser la manera más habitual de plantear la intervención psicosocial con las personas sin hogar. Esto es lo que hemos denominado intervención dura. Por el contrario, como alternativa o complemento a ésta, la Fundación RAIS propone otra manera de atender a las personas, mediante lo que

hemos llamado intervención blanda, suave e indirecta. Esto es, desde lo concreto, que una persona pueda trabajar su conciencia y actitudes para una mejor salud, por ejemplo, desde el acceso a los recursos sanitarios y el seguimiento de los tratamientos y las curas, pero además cuente con otros referentes que le inciten a cuidar su salud. Un motivo más allá de la pura salud física y psíquica.

Los objetivos de esta experiencia conectan con un intento de giro en las culturas físico-deportivas, en términos de tránsito de unos valores, hábitos e identidades a otros. En este sentido, se piensa que unas actividades como las deportivas pueden suponer un aliciente, una pauta que apoye un proceso de superación de, pongamos por caso, una drogodependencia. Un entorno de encuentro con otras personas en similares circunstancias y con otras personas ajenas a la exclusión social extrema. Un ambiente informal en la que se establece una relación entre la persona sin hogar y el grupo diferente, de mayor confianza y en unos términos muy diferentes a los que se pueden producir en el despacho del especialista o en un centro con fuerte componente de intervención.

Los ejemplos y aspectos que se pueden trabajar en este tipo de actividades son innumerables, pero quizás la pista más importante de su conveniencia y sus potencialidades pueda radicar en la alta participación que tienen entre las personas sin hogar, sabiendo las dificultades que se encuentran en este colectivo a la hora de que puedan participar (bien por la falta de atractivo de las actividades planteadas, bien por las difíciles circunstancias e imponderables del día a día de la gente de la calle). No deja de sorprender a los técnicos y voluntarios que trabajan en este proyecto que una persona con una larga trayectoria de vida en la calle —con todo lo que ello supone para el ánimo y las condiciones físicas y psicológicas de cualquiera—, que no hace uso de los recursos de atención, es decir, que vive literalmente en la calle, durante años prácticamente no falte a ningún entrenamiento y que éste sea el único vínculo con la red de atención sociosanitaria.

El instrumento es el **fútbol**. Parece comprensible que la ductilidad del deporte se multiplique al tratarse de deportes a los que se asocia una difusión tan globalizada, como es el caso del fútbol. Del fútbol-negocio-espectáculo de los grandes clubes corporativos globalizados a su concreción en partidos entre personas con graves carencias económicas, sociales, familiares. El lugar que ocupa el fútbol en nuestra sociedad lo convierte en un instrumento privilegiado, en un pretexto magnífico. En nuestro caso, es a la vez gancho y enganche, en la medida que es fácil de proponer como actividad y, una vez implantado, presenta poderosos mecanismos que refuerzan la continuidad de las experiencias. Siempre presente y asociado a la idea de juego: como excepción, más que como contrapartida integradora, el deporte se plantea como reinvencción de la realidad, de ahí sus posibilidades emancipadoras, resignificadoras. Sus connotaciones lúdicas, festivas. Y también, como nos recuerda J. Huizinga (1954), el juego es la metáfora compartida, el canal para la lucha antitética contra el otro, contra uno mismo y por ello el espacio para simbolizar tensiones y por tanto, liberarlas.

El Programa de Fútbol Calle lleva casi tres años funcionando en la ciudad de Sevilla. Básicamente, va dirigido a personas que se encuentran en situación de calle, estén acogidas en algún dispositivo o vivan literalmente en la calle. Tienen que ser mayores de edad. Pueden participar hombres y mujeres, sea cual sea su forma física o su situación mental. No se requiere ninguna nacionalidad ni documentación. En cada entrenamiento suelen participar entre 15 y 20 personas sin hogar —aunque el número puede variar— y 2 voluntarios además de un trabajador social.

Los partidos son solo parte de las actividades que conlleva este proyecto. Se realizan uno o dos entrenamientos por semana en horario de mañana, de 9:30 a 12:30 en las pistas deportivas Santa Justa I, cedidas con la colaboración solidaria de la Junta Rectora de las mismas. A las 9 de la mañana queda el grupo en el Centro de Día de Baja Exigencia (Rincón del Encuentro) que la Fundación RAIS gestiona en la ciudad de Sevilla y situado en el Centro de Servicios Sociales Hogar Virgen de los Reyes. Los propios participantes organizan los materiales y equipos que necesitan para realizar el entrenamiento y lo transportan hasta las instalaciones deportivas dando un paseo de un cuarto de hora aproximadamente. Este es un momento fundamental en el que los profesionales y la gente de la calle cuentan con un tiempo distendido en el que conocerse y comunicarse. Una relación en la que los hándicap de las oficinas y el despacho suelen desaparecer y se suele entablar un vínculo de confianza mutua desde un contacto aparentemente informal. No debemos perder el referente, que buena parte de la población sin hogar vive en un marco de gran aislamiento e incomunicación. Por lo que esta charla y escucha activa “desinteresada” puede suponer un gran aporte a la persona. Una vez que se llega a las instalaciones pasan al vestuario, donde se colocan las equipaciones y, tras una pequeña charla, se procede al entrenamiento. Éste se intenta que se asemeje lo más posible al entrenamiento de cualquier equipo no profesional de fútbol, pero donde la competitividad entre unos y otros se intenta minimizar, tratando que resulte más lúdico que competitivo. Durante una hora aproximadamente los participantes se están ejercitando y jugando con las pelotas. Sobre las once de la mañana, el equipo finaliza el entrenamiento con una charla valorativa del mismo y se asean. Ordenan y recogen todo el material y se vuelven al Rincón del Encuentro, pues a la una del medio día tienen que marcharse a los comedores sociales.

Un punto esencial en esta experiencia es la importancia concedida al compartir un espacio fuera de la lógica rígido y desquiciante de la intervención dura, cerrada. Por eso, en este escenario en el que los roles de interventor (técnico) e intervenido (usuario) se relajan, es habitual que el técnico sepa más de los usuarios de este proyecto (sobre sus necesidades, esperanzas, motivaciones) y viceversa. Lo que también ocurre entre los usuarios entre sí: al calor del partido se manifiestan sentimientos que en otro momento o lugar se evitan u ocultan: abrazos, gritos, risas y decepciones, entre muchos otros.

Por otro lado, no hay que desdeñar el carácter transformador de las identidades, incluidas las habitualmente manifestadas bajo la forma de estigmas. Se trata de representar papeles normalizados, alejados del estereotipo, a través de una imagen rompedora: ¿hay algo más lejano al manido estereotipo de una persona sin hogar que un futbolista vestido en calzonas gritando por haber conseguido un gol?

Finalmente, no hay que dejar pasar que lo aquí expresado es parte de una intervención social. Por tanto, es guiada, canalizada y organizada desde una entidad que optar por realizar estas acciones de forma complementaria con otras más duras. De ahí el apoyar la inclusión de estos equipos en actividades específicas para este colectivo, al margen de las normalizadas (por ejemplo, no apostando por la inclusión en el calendario de competiciones municipal), pues se considera, con razón, que son específicas y sensibles las necesidades y que son otras las circunstancias y lógicas. El pasar al calendario y sistemas de competición como cualquier otro equipo sería otro paso, y por supuesto es también otro reto. Ello no supone renunciar a dar mayor repercusión o escala a esta experiencia, sino todo lo contrario. Así, la progresiva extensión de este tipo de intervenciones se concreta en el hecho de tratarse de experiencia que no es sólo local, en la medida en que tiene resonancias con otras

iniciativas a mayor escala⁶. Durante todo el año se organizan encuentros con asociaciones, equipos de fútbol, voluntariado corporativo de empresas, etc. Lo que supone además del aliciente del partido, llevar a cabo una actividad de encuentro entre personas y realizar una labor de participación y sensibilización social. Con la búsqueda de una transcendencia supralocal y mediática también se busca repercusión social: para romper los estigmas es necesario evidenciar lo que se hace ante quienes califican, no sólo ante quienes son calificados. Por otra parte, las iniciativas de activación social y en concreto el Fútbol Calle, al margen de la consideración que puedan generarse por los profesionales y desde la intervención social, es una de las iniciativas de atención o participación de las personas sin hogar con una mejor valoración por éstas, según los estudios que se realizan desde la Fundación RAIS sobre satisfacción; y que mayor impacto tienen a la hora de generar procesos de sensibilización social.

3. Consideraciones finales

En tiempos en los que se extiende una percepción de **vulnerabilidad** debido a la crisis económica, la incompreensión que lleva al etiquetaje de los otros como “personas sin hogar” se acompaña de lo que Le Breton (2002), aplicando al encuentro con las personas que sufren una discapacidad, califica como un “desorden en la seguridad ontológica”. Nos recuerda que cualquiera de nosotros, ante unas determinadas circunstancias o hechos, puede llegar a ese estado y que, para el contexto actual, se traduce en miedo o inseguridad ante el futuro. Cabe preguntarnos si esto llevará a la empatía con personas en situación de desamparo o a una agudización de los rechazos, en una suerte de negación de la realidad. O a una mezcla de ambas cosas. En tiempos en los que se hacen necesarios los lenguajes comunes que articulen las necesidades y las esperanzas, no se debe olvidar el poderoso lenguaje unificador del deporte en general y del fútbol en particular. Intervenciones desde el deporte que hemos situado entre las intervenciones *blandas*, que, más que contrarrestar, pretenden llenar los vacíos y las fracturas de la atención urgente, la intervención *dura*, como aquí la hemos definido. Duras o blandas, las intervenciones sociales en el marco del sinhogarismo son un desafío ante lo mucho que aún queda por hacer y ante la creciente diversificación de los perfiles de las personas que se ven, cada vez más, afectadas por esta situación.

Por ello, pensar en la actividad física y deportiva de las personas sin hogar no debe implicar necesariamente banalizar su situación, ni minimizar el alcance de sus necesidades ni, menos aún, volver la espalda a la enorme complejidad de la intervención social que hacia estas personas se dirige. Como hemos reflejado en estas páginas, más bien al contrario, se trata de situar el foco de atención en aspectos tan importantes como la necesaria normalización de sus hábitos, el reforzamiento de capacidades y el fortalecimiento o cambio de valores. Igualmente, implica un esfuerzo por

6 Al final de la primavera se celebra en una ciudad española el Campeonato Nacional de Fútbol Calle, en el que participan equipos de fútbol conformados por persona sin hogar de diferentes ciudades españolas. Durante tres días se celebran competiciones y otras actividades de convivencias. Lo que implica, entre otras cuestiones, que las personas sin hogar tengan la oportunidad de realizar un viaje con todas las comodidades y conocer a gente y lugares desde un ámbito diferente a la exclusión social. Todos los años se celebra en algún país un Campeonato del Mundo de Fútbol calle en el que participa una selección española conformada por los diferentes equipos de fútbol calle existentes en España. Este año 2012 el campeonato se celebrará en el mes de septiembre en México.

revertir la imagen estigmatizada de aquellos colectivos situados en las más graves situaciones de exclusión y marginalidad.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1993), "Deporte y clase social" en Brohm, J.M et. al., *Materiales de Sociología del Deporte*, Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- Brohm, J.M (1993): "20 tesis sobre el deporte" en Brohm, J.M et. al (1993) *Materiales de Sociología del Deporte*, Madrid: Las Ediciones de la Piqueta,.
- Escalera, J. (2003), "Cultura físico-deportiva: una propuesta desde la antropología" en Medina, F.X. y Sánchez R. (eds.) *Culturas en juego. Ensayos de antropología en España*, Barcelona: Icaria/Institut Català d'Antropologia.
- Cabrera, P.J. (1998), *Huéspedes del aire. Sociología de las Personas sin Hogar en Madrid*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- (2000) *La acción social con personas sin hogar en España*, Madrid: Cáritas
- García Ferrando, M. (2006), *Posmodernidad y deporte: entre la individualización y la masificación. Encuesta sobre hábitos deportivos de los españoles 2005*, Madrid: CIS, CSD.
- Glasser, I y Bridgman, R. (1999), *Braving the street: the anthropology of homelessness*, New York: Berghahn.
- INE (2005-2006): *Encuesta sobre personas sin hogar: centros/personas*, en: www.ine.es.
- Le Breton, D. (2002), *Antropología del cuerpo y de la modernidad*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- M.J. Mosquera, V. Gambau, Sánchez R. y X. Pujadas (comps.) (2003), *Deporte y Postmodernidad*, Madrid: Esteban Sanz, págs. 155-162.
- Olivera, J. y Olivera, A. (1995), "La crisis de la modernidad y el advenimiento de las posmodernidad: el deporte y las prácticas físicas alternativas en el tiempo de ocio activo", en *Apunts, Educación Física y Deportes*, 41, págs. 10-29.
- Yúdice, George (2002), *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*, Barcelona: Gedisa.
- Muñoz, M; Vázquez, C. y Vázquez, J. J. (2003), *Los límites de la exclusión: estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Madrid: Tempora.
- Rossi, P.H (1989), *Down and Out In América, The Origin of Homelessness*. Chicago. University of Chicago Press.
- Ruiz, E. (2005), *Intervención social: cultura, discurso y poder*. Madrid: Talasa.
- Sánchez Martín, R. (2003.) En: F. Xavier Medina, Ricardo Sánchez, *Culturas en juego: ensayos de Antropología del deporte en España*. Icaria. Barcelona.
- Sánchez Vidal, A. (1999). *Ética de la intervención social*, Barcelona: Paidós Ibérica.

Normas para contribuir a la Publicación

Los trabajos deben de ser inéditos. Serán analizados por evaluadores externos con revisión ciega de acuerdo con criterios estrictos de calidad científica.

Proceso de selección y evaluación de originales: los artículos recibidos en la redacción pasan una primera fase de selección a cargo de los miembros del Consejo de Redacción, que culmina en la devolución o aceptación de originales, lo que se comunica a los autores exponiendo los motivos pertinentes.

Los artículos aceptados pasan a la fase de evaluación por pares. En la asignación de revisores o jueces para cada artículo se sigue el criterio de que sean doctores e investigadores sociales en áreas afines a la temática del artículo.

En caso de evaluación positiva con recomendación de modificaciones, se le envía la evaluación ciega al autor con la oportunidad de subsanarlas.

Artículos

- 1 Los artículos se presentarán a través de correo electrónico con procesador de texto *word*. Extensión mínima 15 páginas y máxima 30 páginas a doble espacio.
- 2 Título del artículo en castellano y en inglés, si el artículo es en otra lengua también se incluye. Nombre y apellidos del autor o autores, seguido de la institución de referencia, y del correo electrónico.
- 3 Incluir “Resumen” y “Abstract” de hasta 12 líneas en cursiva. Debajo incluirán las palabras claves (Key Words) en español y en inglés (alrededor de seis). Si es en otra lengua también se incluirá resumen y palabras clave en la misma lengua
- 4 Los títulos de los epígrafes irán numerados correlativamente así como los posibles subepígrafes.
- 5 Citas textuales de más de dos líneas: en bloque, a un espacio, insertadas 1 cm., cuerpo de 12.
- 6 Notas a pie de página: numeradas en fuente con efecto superíndice en el texto. También irán con efecto superíndice a pie de la página.
- 7 Referencias bibliográficas en el texto, ejemplo: un autor (García, 1995). Dos autores (García y Rodríguez, 2005). Tres o más autores (García et al., 1995). Dos o más referencias seguidas (García, 1995; Rodríguez, 1991a; Rodríguez, 1991b). En el caso citar la página: (García, 1995: 23) o (García, 1995: 23-28).
- 8 Bibliografía: al final del trabajo, ordenada alfabéticamente, a un espacio. La referencia completa en la bibliografía irá al final del trabajo bajo el título Bibliografía. Los autores seguirán por orden alfabético, y en el caso de tener más de una referencia seguirán un orden cronológico. Cuando el mismo autor tenga más de una referencia en el mismo año debe citarse el año seguido de letras por orden alfabético. Ejemplos:
 - Libros: García Moreno, J. (1995), *Valores y estructuras en cambio*, Madrid: Alianza.
 - Capítulos en libros: Hernández Cueto, M. (1988), “Segregación social”, en: González Moles, A. y Morató Padilla, E. (eds.), *Estructura social en España*, Madrid: Anagrama, págs. 21-56.

- Artículos en revistas: Camacho Prieto, L. (1999), "Causas y efectos del fracaso escolar", en *Revista de Educación Crítica*, 3, págs. 34-52.

Informaciones sobre proyectos de investigación y tesis doctorales

Máximo 15 páginas normalizadas: título del proyecto/tesis, lugar (institución) de su realización y autor. El formato será igual que en los artículos.

- 10 Los cuadros estadísticos, gráficos e ilustraciones deben ser claros y de alta calidad gráfica para reproducir en blanco y negro, e irán numerados en arábigos. Deben tener títulos cortos y descriptivos en cabecera y la información de la fuente de procedencia en la base.

Reseñas de libros

Máximo 3 páginas normalizadas: autor(es) en mayúscula y negrita. Título del libro (en cursiva), lugar, editorial, año y número de páginas entre paréntesis Ej: (325 páginas). Al final de la reseña: nombre completo del autor de la reseña, en mayúsculas seguido de la institución de referencia.

Todas las solicitudes y correspondencia se enviarán a la dirección siguiente:

Dirección de envíos:

ANDULI, Revista Andaluza de Ciencias Sociales. Universidad de Sevilla. Facultad de Comunicación. Avda. Americo Vespucio s/n. 41092 Sevilla.

Correo electrónico: anduli@us.es